

MIRET MAGDALENA

EL «OPORTUNISMO» DE LA IGLESIA

He dado una conferencia sobre el «Sentido de Dios y el compromiso con el mundo», en Albacete; y he tenido además dos coloquios, uno tras mi charla y el otro con un grupo de amigos.

En uno y otro ha estado latente la pregunta que constantemente me hacen muchos en nuestras «tradicionalmente» religiosas tierras españolas: «La Iglesia, ¿no es oportunista en todas las épocas?; ayer se aliaba con los poderes conservadores, y hoy —en cambio—, ¿no está coqueteando con las ideas progresistas?».

La cuestión es importante; y depende —la contestación— de lo que entendamos por Iglesia.

Congar —el agudo y moderado teólogo francés— nos da en su último libro, «Esta Iglesia que yo amo», una pauta para comprender el problema planteado por esta inquietud de tantos españoles.

Nos descubre —este perito conciliar— que, en la mayoría de los documentos eclesiásticos existentes hasta hace pocos años, cuando se habla de Iglesia se quiere decir «jerarquía»; y —dentro de la palabra— casi siempre se refiere uno al poder central de esta Iglesia jerárquica.

Los seglares —hasta ahora— aceptábamos este corto punto de vista y «decíamos Iglesia como si aludiéramos solamente a su gobierno y no nos diéramos cuenta de que formamos parte de ella» (Monseñor Chevrot). Unas veces tomábamos las encíclicas o discursos de los Papas —por poner un ejemplo— como palabra prácticamente decisiva y definitiva; y otras nos quedábamos tranquilos históricamente si los hechos rechazables cometidos por algunos Papas demostrábamos —o intentábamos demostrar— que eran excepción. En el fondo se nos enseñó a pensar como la revista *Civiltà Cattolica* cuando se reunió el Concilio Vaticano I en 1870: «Cuando el Papa medita, es Dios quien piensa en él».

Pero —los creyentes— vamos, poco a poco, dándonos cuenta de nuestra ingenuidad, porque hoy confesamos ya sinceramente que «la Iglesia tiene una verdadera historia, un verdadero desarrollo, no sólo en su apostolado, sino en su pensamiento; y pasa desde una verdadera oscuridad a un saber y una precisión que son una conquista: ... conoce verdaderas tentaciones, verdaderas debilidades y conoce auténticos errores (salvo la inerrancia global de su enseñanza, y de sus decisiones infalibles); lo mismo escritores eclesiásticos, que Papas y obispos, se han equivocado a veces, y han sufrido las limitaciones... de su tiempo... Porque lo humano, en la Iglesia, forma parte de ella realmente» (Y. Congar, «Le Christ, Marie et l'Eglise»).

Esta parte humana —defectuosa por sí misma— no es sólo un velo que encubre lo divino como si fuese algo exterior a ella misma. No es su «humanidad» una simple decoración o apariencia, es algo más hondo: es algo constitutivo de la propia Iglesia. Y «si es verdad que hay un elemento divino unido a lo humano... no se puede hablar de una encarnación de Dios en ella... Las cosas no pasan como en un cuento de hadas» (Y. Congar, «Cette Eglise que j'aime»).

Y a esa pregunta que muchos me hacen tengo entonces que contestar —porque es una verdad clara de la teología católica— que es muy posible que al oportunismo de ayer se añada el de hoy; aunque —como todo oportunismo— con otro signo, que es el que actualmente conviene. No aceptemos ser tan ingenuos al apreciar a nuestra Iglesia, que seamos «la irrisión de los no-creyentes», como criticaba en muchos pensadores cristianos Santo Tomás de Aquino en el siglo XIII.

«El Papa es el sucesor, pero no de Cristo, sino de San Pedro. La autoridad jerárquica la da Dios...; pero su ejercicio está circundado de limitaciones humanas... (porque) es

preciso distinguir entre la acción de Cristo y la de la jerarquía» (A. Graham, O.S.B., «Catholicism and the World today»).

La Iglesia en la que vivimos debía siempre reconocer por eso lo que decía San Juan Crisóstomo: «Uno de los más peligrosos fallos de los superiores, y —al mismo tiempo— el más frecuente, es rehusar el tener en cuenta el punto de vista de los otros, tener su propio camino, como si fuesen maestros absolutos donde sólo son servidores».

Todos —pero especialmente el que manda— debemos recordar estos principios constitutivos de la Iglesia para evitar dar sensación de ser un poder totalitario de derechas ayer; y hoy, dar un giro a la izquierda por arte de muchos clérigos y laicos más o menos prominentes; pero —en el fondo—, siendo también totalitaria, porque pretenda seguir manteniendo su poder con hábil oportunismo.

No; y mil veces, no. Hemos de cortar ciertamente con los oportunismos; y para eso hemos de hacer frente a ellos, porque son la muerte de nuestra Iglesia.

Nuestra norma no debía ser —fundamentalmente— nada más que una: la más absoluta sinceridad. Y si nunca debemos entender la historia fuera del contexto cultural que tuvo, al mismo tiempo es preciso que reconozcamos que una defensa a ultranza de nuestra actuación católica sería el peor de los males para el catolicismo. Porque le arrebataría uno de sus elementos constitutivos más importantes: su humanidad real, con todo lo que esto entraña de positivo y de negativo.

Si se trata de su aspecto bueno, digamos bien claro que nosotros tenemos que ir —no a remolque— sino del brazo de todo aquel que defiende los derechos humanos. O mejor dicho: propongámonos adelantarnos a todos en nuestro afán de defender y desarrollar al hombre, sea quien sea y esté donde esté. Y que esto no lo haga un puñado de solitarios, que la jerarquía parece esperar a ver su caída o su triunfo para condenarlos o alabarlos; sino que la comunidad cristiana, el conjunto de los cristianos que se reúnen en torno a una parroquia, a una diócesis, a un país o a la Iglesia toda, sea quien dé siempre el primer paso en pro del hombre.

Que no se repita la triste historia de quedarnos siempre a remolque de lo social, de lo liberal o de lo progresivo. Pero que —cuando esto venza— no nos atemos tampoco al carro del nuevo vencedor con astuto oportunismo, como ayer buena parte de la jerarquía germana o austríaca se ató al victorioso carro hitleriano.

Que de una vez seamos una comunidad dinámica, sin miedos ni prudencialismos; pero tampoco con sutiles oportunismos.

Y cuando se trata de considerar los aspectos malos de esta «humanidad» que es también la Iglesia no queramos minimizarlos ni olvidarlos: saquémoslos valientemente a la luz para que tengan el correctivo de la opinión pública, para que todos vean que no nos duelen prendas al hablar de nosotros mismos, porque reconocemos que si hasta los santos tuvieron sus defectos, la Iglesia, a pesar de decir que es santa, no está exenta de tales fallos.

Suárez, nuestro teólogo jesuita del siglo XVI, mantenía con vigor que «los santos son pecadores y que no se han visto libres de pecado, no digamos durante toda la vida, pero ni siquiera durante una gran parte de su vida» («Tratado III de la Gracia»). De esa manera tan sincera tenemos que decir que la Iglesia es santa; afirmando su esencial defectuosidad humana, comprendiendo su modesto papel religioso y no haciendo de ella una pretenciosa encarnación divina. Lo divino en nosotros —el pueblo creyente que somos la Iglesia— depende de una promesa que Cristo hizo y que hemos de aceptar, «pero que no la hace ni impecable ni adorable» (Y. Congar).